

Cultura, territorio y poder: la construcción de la memoria histórica de América Latina y el Caribe a través de los sitios del patrimonio mundial.

Rocío Arroyo Belmonte.

Cita:

Rocío Arroyo Belmonte (2019). *Cultura, territorio y poder: la construcción de la memoria histórica de América Latina y el Caribe a través de los sitios del patrimonio mundial*. XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-030/533>

Cultura, territorio y poder: la construcción de la memoria histórica de América Latina y el Caribe a través de los sitios del patrimonio mundial

Rocío Arroyo Belmonte¹

Resumen

El presente artículo ofrece un análisis sobre el proceso de formación de la memoria histórica en la región de América Latina y el Caribe a través de la territorialización de la cultura desde un enfoque geopolítico. Específicamente, se analizan la distribución geográfica, tipología, cronología y narrativas implicadas en la selección de un conjunto de sitios y monumentos históricos latinoamericanos y caribeños como parte del patrimonio de la humanidad. El artículo se compone de dos apartados: el primero plantea teóricamente la interrelación entre cultura, territorio y poder como ejes axiales dentro de la perspectiva geopolítica para estudiar los fenómenos histórico-culturales. En una segunda sección se profundiza en el análisis de cómo ciertos espacios y manifestaciones culturales del pasado son hoy revalorados y reinterpretados de forma selectiva para tratar de construir una memoria regional. Se evidencian así el realce del patrimonio cultural naturalista, la conmemoración de selectas civilizaciones originarias, la marcada exaltación del pasado colonial europeo, el énfasis hacia la herencia del cristiano católico y la evocación a sitios de infraestructura extractiva de recursos. En esta selección del patrimonio de la humanidad de la región, se omiten ciertas representaciones como la diversidad de civilizaciones antiguas, el choque entre nativos y colonizadores, la impronta de la esclavitud y la población negra, la omisión de los movimientos independentistas y reformistas, dictaduras, guerrillas y otros procesos históricos del siglo XX.

Palabras clave

Memoria histórica, América Latina y el Caribe, patrimonio de la humanidad.

Análisis teórico de la interrelación entre cultura, territorio y poder desde un enfoque de la geopolítica crítica

La geopolítica, como disciplina analítica surgida en un contexto europeo de lucha política-territorial entre nacientes Estados, en sus orígenes dejó de lado a la cultura como una categoría analítica clave en los juegos de poder. Se argumentaba la importancia de la cultura solo en términos de civilización y nacionalismo acompañando al proyecto estatal.



Por ejemplo, para Ratzel el espacio de los Estados aumentaba con el crecimiento de la cultura (entendida bajo los preceptos de raza, religión y civilización). Para Vidal de la Blanche, el territorio no bastaba para hacer una nación, sino que era necesario el consentimiento de los seres humanos unidos por la experiencia en común dentro de un mismo espacio. El padre del realismo político, Hans Morgenthau, incluía las ideas relacionadas a la cultura de una sociedad dentro del concepto de “carácter nacional”, como un factor del poder estatal sumado a la geografía, los recursos naturales y la población (Morgenthau, 1963).

En esta primera etapa de la geopolítica prevaleció el interés por el dominio político del espacio, enfatizándose el análisis de los elementos geográficos bajo el dominio estatal y tratándose de establecer los fundamentos de la hegemonía del poder. En pocas palabras, la arista a destacarse para los primeros geopolíticos fue el análisis de la relación entre “tierra y poder”, “espacio geográfico y poder nacional” (Gómez, 1977: 55).

El gran cambio ha venido en décadas recientes con las revisiones de la llamada “geopolítica crítica”, la cual se centra en replantear algunos fundamentos esenciales en el entendimiento del poder y la lucha por el territorio. Justamente una de las grandes preocupaciones de esta nueva corriente es incorporar a las manifestaciones culturales como un eje axial de los estudios geopolíticos.

Preocupa ahora entender cómo las disputas de poder por territorios entre Estados y otros actores, se entrelazan con narrativas y elementos culturales. Dentro de la geopolítica crítica se resaltan las formas por las cuales los Estados usan las políticas culturales para crear una historia nacional oficial que ayude a legitimar sus acciones; se trata de la implementación de la imaginación geopolítica del Estado (Tuathail y Dalby, 1988) y de la creación de narrativas de la nación como formas geopolíticas (Bhabha, 1994).

De esta forma, las manifestaciones culturales dejan de ser factores secundarios para los Estados, convirtiéndose en elementos que ayudan a dominar territorios y a buscar una supremacía de poder (Bonnura, 1998). Desde esta perspectiva, la fuerza militar y la dominación económica ya no son los únicos mecanismos a través de los cuales se puede controlar y dominar a otros, sino estarían acompañados de valores, creencias, religiones, ideologías, modos de vida, tradiciones e inclusive el arte, la estética y, en este caso, los bienes y sitios del patrimonio cultural.



Los juegos geopolíticos de luchas territoriales están entonces acompañados por rivalidades en las formas de representación de los espacios mismos. Para el caso concreto de América Latina es muy visible que el lenguaje, historias, narrativas, toponimias en torno a la región, han sido instrumentos de la expansión del colonialismo que perdura a través del tiempo y espacio. Algunos territorios se vuelven lo que Pratt (1997) denomina “zonas de contacto”, entendidos como espacios de los encuentros coloniales donde pueblos geográfica e históricamente separados entran en contacto y establecen relaciones duraderas, relaciones que usualmente implican condiciones de coerción, desigualdad, conflicto, cohabitación, interacción y prácticas, muchas veces dentro de relaciones de poder radicalmente asimétricas. Se trata de los procesos de dominio que hay en las representaciones culturales del espacio (Agnew, 1993).

Bajo esta línea de pensamiento, los sitios del patrimonio de la humanidad pueden interpretarse como la territorialización de la cultura y de las relaciones culturales históricas que se sacraliza en bienes y sitios del patrimonio cultural, con el potencial de volverse marcadores territoriales que expresan narrativas nacionalistas, superposición y luchas de poder: un proceso doble de espacializar la narración histórica y, a su vez, desarrollar una interpretación histórica de lo espacial (Schlögen, 2007: 53).

Todas las prácticas sociales ligadas con la definición, conservación y divulgación del patrimonio cultural, “pueden comprenderse como dispositivos que ayudan a configurar, mantener y reproducir determinadas lógicas de jerarquización de las diferencias espaciales, sobre todo de aquellas que han caracterizado a la imaginación geopolítica de la modernidad”. Se trata de la “geopolítica de la memoria” (Emilio Piazzini, 2008: 174).

La historia (lo diacrónico) se puede representar en el espacio, incluyendo los procesos culturales, que en palabras del reconocido geopolítico Yves Lacoste (2006) conformarían un “diatopo” que resulta de fuerzas antiguas en un territorio, desarrolladas en tiempos largos o, más recientemente, en tiempos cortos. Proceso en el cual pueden suscitarse viejas rivalidades, manipulación de recuerdos y versiones contradictorias de una misma historia regional. Tal cual sucede en la memoria histórica de América Latina y el Caribe como intentaremos demostrar a lo largo de este trabajo.

Argumentamos que tanto en la reconstrucción del pasado y en el perfilamiento de la memoria histórica de un determinado territorio, hay fines estratégicos presentes, activaciones institucionales e inclusive, importantes intervenciones políticas, muchas de



éstas realizadas tradicionalmente por los Estados nacionales (Debray, 1999; Hartog, 2007; Nora, 1984; Ricoeur, 2004; Todorov, 2000). Desde nuestro punto de vista entonces, la historia conforma algo más que una base o un factor que se suma colateralmente a la geografía. El pasado no es solamente la suma de eventos históricos, ni enseñanzas neutrales o eventos deterministas del ayer. La historia y específicamente la memoria histórica de un determinado territorio, es un proceso de reconstrucción y reapropiación cultural continua, donde las relaciones de poder intervienen para intentar dotar de sentido histórico a un determinado territorio a través de una narrativa dominante sustentada en una selección de episodios pretéritos, permitiendo al mismo tiempo omisiones deliberadas, ocultamiento de otras interpretaciones históricas y perpetuación de trayectorias de dominio.

El llamado patrimonio de la humanidad (oficialmente reconocido como “patrimonio mundial”), tiene que ver con una política internacional liderada por los Estados para seleccionar ciertos lugares, monumentos y sitios que, por sus características estéticas, simbólicas e históricas, son reconocidos como representantes de las etapas más representativas de la historia del ser humano. El término de patrimonio de la humanidad se implementó abiertamente como una política pública después de la Segunda Guerra Mundial, con la firma de la *Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural* en 1972, como resultado de los trabajos al interior de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

La Convención del Patrimonio Mundial, en términos generales, obliga moralmente a los Estados a proteger los “monumentos, conjuntos y lugares” del patrimonio cultural y natural ubicados en sus territorios para el disfrute de generaciones futuras. El Estado, como máximo representante de la voluntad de sus ciudadanos, es el actor central que asume la responsabilidad de establecer medidas jurídicas, políticas, económicas y educativas para la conservación cultural. Se da un fuerte énfasis en la cooperación técnica entre países para el rescate de bienes de importancia mundial.

Dicho acuerdo internacional, heredero de los miedos ante la destrucción de lugares históricos y monumentos en Europa durante las guerras mundiales, también determina hacer un inventario general de los sitios valiosos para la humanidad por su importancia estética e histórica para tratar de asegurar su permanencia. Ese inventario es mejor conocido como la Lista del Patrimonio Mundial y se caracteriza por inscribir anualmente a los sitios del patrimonio de la humanidad. A pesar de que originalmente la idea de un



registro buscaba más un listado de prioridades de conservación, poco a poco se convirtió en un sinónimo de prestigio y en un motivo de lucha por figurar en este selecto catálogo mundial.

Es así como proponemos analizar la distribución, composición y narrativas entorno a la designación de los sitios del patrimonio de la humanidad asentados en América Latina y el Caribe, con el fin de entender sus vínculos con procesos geopolíticos en la conformación de una versión de la memoria histórica regional.

Actual construcción de la memoria histórica de América Latina y el Caribe a través de los sitios del patrimonio de la humanidad

Los países de América Latina y el Caribe se fueron incorporando y adaptando a la *Convención del Patrimonio Mundial* de 1972 en forma paulatina y, en muchas ocasiones, tardía. Este acuerdo internacional tiene un marcado influjo eurocéntrico, al estar fundamentado en intereses, valores y paradigmas de conservación- restauración emanados de ese punto del planeta. Debemos pensar también que, en aquellos años, la región latinoamericana estaba inmersa en los efectos de la inestabilidad política, golpes de Estado, guerrillas y militarización. En esas circunstancias, la protección del patrimonio cultural no era una prioridad.

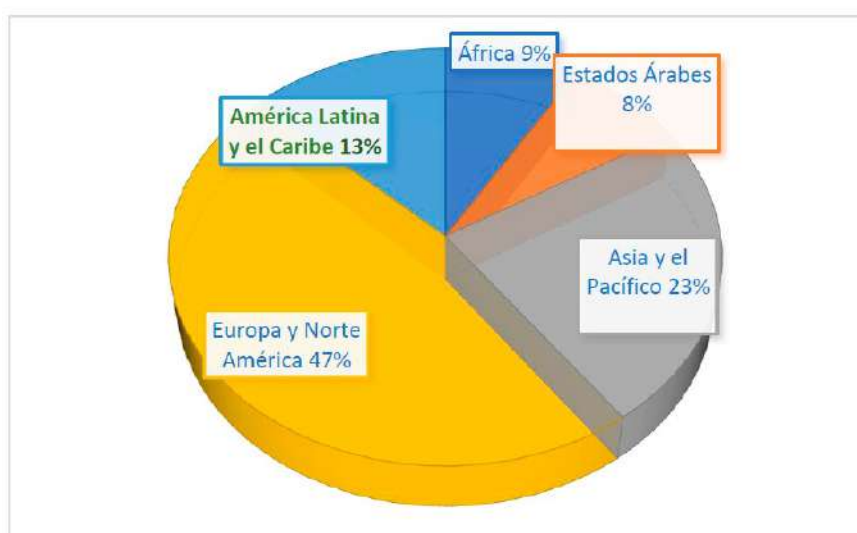
Los primeros países latinoamericanos que ratificaron la convención durante la década de 1970 fueron Ecuador, Bolivia, Guyana, Costa Rica, Brasil, Panamá, Argentina, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Para las décadas de 1980 y 1990 entrarían el resto de los países de la región; los últimos en incorporarse apenas en el presente siglo fueron los caribeños de Bahamas, Barbados, San Vicente y las granadinas, Trinidad y Tobago.



Ecuador	16/06/1975	Antigua y Barbuda	01/11/1983
Bolivia	04/10/1976	México	23/02/1984
Guyana	20/06/1977	República Dominicana	12/02/1985
Costa Rica	23/08/1977	San Kitts y Nevis	10/07/1986
Brasil	01/09/1977	Paraguay	27/04/1988
Panamá	03/03/1978	Uruguay	09/03/1989
Argentina	23/08/1978	Venezuela	30/10/1990
Guatemala	16/01/1979	Belize	06/11/1990
Honduras	08/06/1979	El Salvador	08/10/1991
Nicaragua	17/12/1979	Santa Lucía	14/10/1991
Haití	18/01/1980	Dominica	04/04/1995
Chile	20/02/1980	Surinam	23/10/1997
Cuba	24/03/1981	Granada	13/08/1998
Perú	24/02/1982	Barbados	09/04/2002
Colombia	24/05/1983	San Vicente y las Granadinas	03/02/2003
Jamaica	14/06/1983	Trinidad y Tobago	16/02/2005
		Bahamas	15/05/2014

Cuadro 1. Fechas de adopción de la Convención del Patrimonio Mundial por los países de América Latina y el Caribe

Fuente: Elaboración propia con base en Centro del Patrimonio Mundial, 2018



Cuadro 2. Proporción del patrimonio mundial por regiones, 2018

Fuente: Elaboración propia con base en UNESCO, 2018

En la actualidad, de los treinta y tres países de América Latina y el Caribe reconocidos por la Organización de las Naciones Unidas, cada uno de estos son parte de la convención que nombra a los sitios del patrimonio de la humanidad. Esto vuelve a la región latinoamericana una de las más comprometidas al respecto, por lo menos en intencionalidad.

En total, actualmente hay un total de 1,073 sitios en la Lista del Patrimonio Mundial, de los cuales 140 se ubican en América Latina y el Caribe (Centro del Patrimonio Mundial, 2018). Una de las principales críticas en la distribución de los sitios del patrimonio de la

humanidad es su concentración en el territorio europeo, como muestra tenemos que si juntamos los sitios de Italia, España y Francia suman 142 sitios del patrimonio de la humanidad en sus territorios, dos más que la región completa de América Latina y el Caribe. La región latinoamericana, a pesar de ser parte del segundo el segundo continente más grande del mundo, incluye apenas un 13% del patrimonio mundial. El país latinoamericano con más sitios inscritos es México (34 propiedades), pero ocupa apenas el séptimo lugar internacional después de Italia (53 sitios), China (52 sitios), España (46 sitios), Francia (43 sitios), Alemania (42 sitios) e India (36 sitios) (UNESCO, 2018).



Mapa 1. Distribución mundial de los sitios del patrimonio de la humanidad

Fuente: Google Maps, 2018

Los procesos de inscripción de los sitios latinoamericanos y caribeños en la Lista del Patrimonio Mundial, están ampliamente supeditados a los intereses, estrategias y potencialidades de cada uno de los países de la región. Se evidencia que más allá de la riqueza natural, cultural e histórica de un Estado, para estos nombramientos se precisan una serie de factores que van desde una tenaz capacidad de negociación diplomática, hasta fuertes instituciones e infraestructura internas, solvencia presupuestal, control territorial, política cultural estatal eficaz, compatibilidad entre leyes, capacidad de atracción turística, entre otros.

No sorprende de esta forma que los países latinoamericanos que históricamente se han disputado el liderato de la región, encabezan también los primeros escaños en la Lista del Patrimonio Mundial en el plano regional. Decíamos ya que hasta el momento el país



latinoamericano con mayor cantidad de sitios del patrimonio de la humanidad en su territorio es México, le siguen Brasil, Perú y Argentina. El resto de los países latinoamericanos tienen menos de diez propiedades registradas, habiendo varios, sobre todo los caribeños y centroamericanos, que tienen tan solo un sitio enlistado (Antigua y Barbuda, Barbados, Belice, Dominica, República Dominicana, El Salvador, Haití, Jamaica, Paraguay, Santa Lucía, y, San Kitts y Nevis).

Los únicos cuatro países de la región sin ningún sitio del patrimonio de la humanidad en la lista son San Vicente y las granadinas, Trinidad y Tobago, Granada, y Guyana. Una subrepresentación caribeña se perfila evidente.

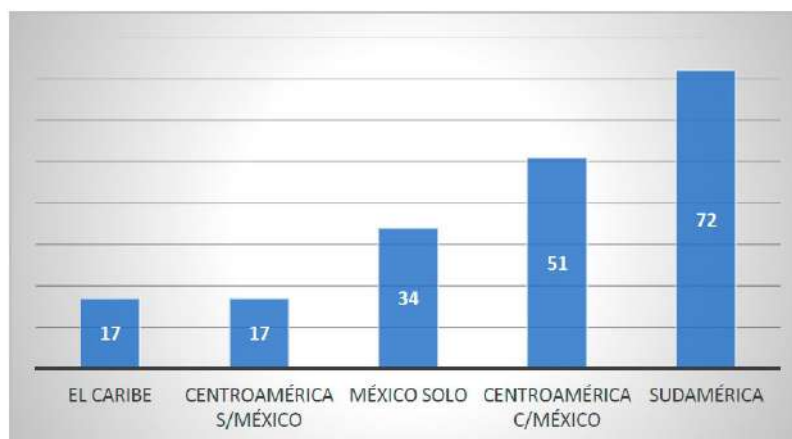
Aunque la lógica determinaría que la extensión territorial de un país es fundamental para ocupar los primeros lugares en la Lista del Patrimonio Mundial, esto tampoco es una norma. Tenemos como ejemplo al país más grande de la región, Brasil (con veintiún sitios), ocupando un segundo lugar muy por debajo de México (con treinta y cuatro sitios); también está el caso del compacto territorio insular de Cuba (con nueve propiedades inscritas), comparado con el largo territorio andino de Chile (con seis propiedades inscritas); ó, Panamá (con cinco propiedades) doce veces más pequeño que Venezuela (con tres propiedades).

País	Nº sitios		
1. México	34	6. Colombia	8
2. Brasil	21	7. Bolivia	7
3. Perú	12	8. Chile	6
4. Argentina	11	9. Ecuador	5
5. Cuba	9	10. Panamá	5

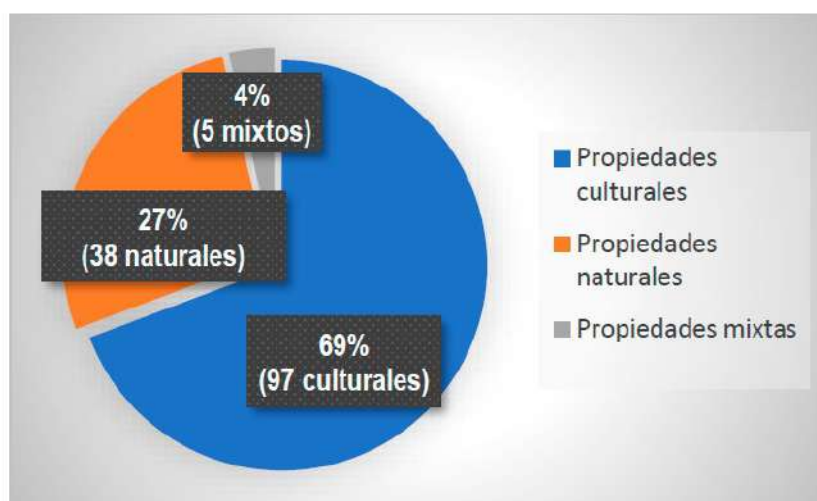
Cuadro 3. Primeros diez países latinoamericanos con mayor cantidad de sitios del patrimonio mundial, 2018. Fuente: Elaboración propia con base en Centro del Patrimonio Mundial, 2018

Subregionalmente, también prevalece una notable disparidad dado que el Caribe tiene diecisiete sitios, el mismo número que Centroamérica (si le restamos el caso especial de México), lo cual contrasta con los setenta y cuatro sitios que suma Sudamérica

Cuadro 4. Total, de sitios del patrimonio mundial por subregiones, América Latina y el Caribe
 Fuente: Elaboración propia con base en Centro del Patrimonio Mundial, 2018



Respecto a la tipología de los sitios del patrimonio de la humanidad en América Latina y el Caribe, tenemos una prevalencia de lugares conmemorativos de manifestaciones culturales por encima de los espacios de la naturaleza y de los llamados “sitios mixtos” (una combinación de las dos categorías anteriores).



Cuadro 5. Tipología patrimonio mundial en América Latina y el Caribe, 2018
 Fuente: Elaboración propia con base en Centro del Patrimonio Mundial, 2018

Los treinta y ocho sitios naturales latinoamericanos elegidos para representar al patrimonio de la humanidad reflejan la privilegiada geografía regional con ecosistemas únicos como los hábitats de especies animales y vegetales endógenas, los microsystemas particulares en las regiones de los Andes y el Amazonas, la biodiversidad marítima, el bosque atlántico, los paisajes rivereños, los territorios insulares.



Los estados latinoamericanos con mayor cantidad de sitios naturales inscritos como patrimonio de la humanidad son: Brasil (7 propiedades), México (seis propiedades) y Argentina (5 propiedades). Si consideramos que en América Latina y el Caribe se ubican ocho de los doce países megadiversos que albergan más del 70 % de la biodiversidad del planeta, los sitios naturales estarían en realidad subrepresentados.²

Las cinco propiedades mixtas del patrimonio mundial que conmemoran la riqueza cultural y natural en un mismo sitio, están en solo cuatro países latinoamericanos: Perú (Machu Picchu y el Parque Nacional de Río Abiseo), Guatemala (Parque Nacional de Tikal), Jamaica (Montes Blue y de John Crow) y México (Ciudad Maya y Bosques Tropicales Protegidos de Calakmul) (World Heritage List, 2018).

Respecto a los noventa y siete sitios de la categoría cultural, el primer lugar lo ocupa México (veintisiete sitios), seguido por Brasil (catorce sitios) y Perú (ocho sitios); el resto se distribuye a lo largo de los países de la región. Las manifestaciones culturales conmemoradas por estos sitios se centran en el pasado prehispánico, la exaltación de la herencia colonial, religiosa, (particularmente del cristianismo católico), la tradición extractivista y defensiva de antiguos centros de poder.

En términos generales, los argumentos oficiales que los países latinoamericanos han presentado en los expedientes para inscribir los sitios latinoamericanos y caribeños en la Lista del Patrimonio Mundial ante la UNESCO, dan muestra de una interesante dinámica de construcción, apropiación y transmisión de ciertas versiones de la historia regional. Para facilitar el análisis a este respecto, puede ofrecerse un panorama subregional, revisando el tipo de conmemoraciones representadas.

Comenzando con la subregión del Caribe, solo dos sitios conmemoran la riqueza natural de los ecosistemas marinos (el Parque Nacional Desembarco del Granma en Cuba y el Parque Nacional de Morne Trois Pitons en Dominica). Un solo sitio rememora a las primeras tribus caribeñas existentes antes del colonialismo, el Parque Nacional Alejandro de Humboldt en Cuba. Por tanto, la mayoría de los sitios elegidos, enaltecen la herencia colonial europea, enfatizando fuertemente la infraestructura militar y defensiva (por ejemplo, la Antigua Naval Dockyard de Antigua y Barbuda; el Centro Histórico de Bridgetown y su Guarnición Militar en Barbados; el Castillo de San Pedro de la Roca en Cuba; la Zona de Gestión de los Pitones en Santa Lucía; y, el Parque Nacional de la Fortaleza de Brimstone Hill en San Kitts y Nevis).



El resto son ciudades históricas de herencia colonial en el Caribe, invocadas por su arquitectura o infraestructura productiva, son los casos de los sitios cubanos de La Vieja Habana, Trinidad y el Valle de los Ingenios, Cienfuegos, Valle Viñales, Camagüey y el Paisaje Arqueológico de las Primeras Plantaciones de Café. Es el mismo caso de la Ciudad Colonial de Santo Domingo en República Dominicana.

Excepcionalmente, en el Caribe hay una conmemoración a los procesos de independencia (el Parque Histórico Nacional Citadel, Sans Souci, Ramiers en Haití). A pesar de la innegable impronta de la población negra en la subregión, así como de las históricas rebeliones y oposiciones a la cruda conquista y colonización, solamente un sitio caribeño conmemora la resistencia y la participación de los esclavos negros en el sitio mixto de Montes Azules y John Crow de Jamaica.

Ahora bien, en el caso de Centroamérica, hay una evocación más notable a espacios naturales vinculados con ecosistemas marítimos, eras geológicas o especies animales endógenas. Están los ejemplos de Costa Rica (Parque Nacional “La Amistad” - nombramiento conjuntamente con Panamá-; Parque Nacional “Islas Cocos”; Área de Conservación Guanacaste), Honduras (Reserva de la Biósfera de Río Plátano), Panamá (Parque Nacional Darién y Parque Nacional Coiba) y México (Sian Ka’an; Santuario de Ballenas del Vizcaíno; Islas y Áreas Protegidas del Golfo de California; Reserva de la Biósfera de la Mariposa Monarca; Reserva de la Biosfera del Pinacate y el Gran Desierto de Altar; el Archipiélago de las Islas Revillagigedo).

Otro rubro importante de sitios seleccionados como parte del patrimonio de la humanidad en Centroamérica se vincula con los llamados pueblos “prehispánicos” o “precolombinos”, incluyendo la búsqueda de las manifestaciones culturales de los primeros pobladores del continente americano. Bajo ese argumento se presentan sitios como: los Asentamientos Precolombinos con Esferas de Piedra del Diquis en Costa Rica; el Sitio Arqueológico Joya de Cerén en El Salvador; y las cuatro zonas arqueológicas de Monte Albán, Teotihuacán, Paquimé y Xochicalco en México.

Dentro de los grupos prehispánicos, Centroamérica rememora y apela notablemente a la particularidad de la civilización maya. Pareciera que se busca realzar especialmente a este grupo como parte especial de la memoria histórica regional. Tenemos los dos ejemplos en Guatemala de Tikal y Quiriguá; en Honduras está Copán; mientras que en México tenemos las cinco ciudades prehispánicas de Palenque, Chichen Itzá, Tajín, Uxmal y Calakmul.



A semejanza del Caribe, en la región centroamericana las ciudades históricas herencia del colonialismo español y antiguos enclaves geopolíticos son enfáticamente seleccionados en la actualidad, argumentando su estética, arquitectura y riqueza cultural (los claros ejemplos de La Antigua en Guatemala; León Viejo en Nicaragua; el Distrito Histórico de Panamá; así como los centros históricos de Ciudad de México, Oaxaca, Puebla, Morelia, Querétaro y Tlacotalpan en México).

Llama la atención que antiguos enclaves coloniales defensivos europeos, así como centros territoriales de carácter extractivo en Centroamérica, son hoy conmemorados sin reparos como una herencia para la humanidad. Esto se evidencia en los sitios de carácter defensivo en las Fortificaciones de Portobelo – San Lorenzo en Panamá, o la Ciudad Fortificada de Campeche en México. También se enaltece la infraestructura productiva colonial del tequila (Paisaje Agavero y Antiguas Instalaciones Industriales de Tequila, México) y, sobre todo, de la minería (centros históricos de Guanajuato, Zacatecas, Camino Real de Tierra Adentro, todos en México).

La impronta de la herencia del cristianismo católico es igualmente evidente en la región, particularmente en México. Numerosos sitios recuerdan con naturalidad la grandeza del patrimonio religioso y en ocasiones su “fusión” con la manufactura indígena en la construcción de grandes templos e iglesias. Se lee así en la Catedral de León en Nicaragua y en los sitios mexicanos de los Primeros Monasterios del siglo XVI en las Laderas del Popocatepetl; las Misiones Franciscanas de la Sierra Gorda; el Centro Protegido de San Miguel y Santuario de Jesús de Nazareno de Atotonilco.

Las únicas excepciones a estas líneas de rememoración centroamericana, son sitios mexicanos conmemorando un pasado más remoto o, por el contrario, realizando los eventos históricos más recientes del siglo XX. Tenemos así representaciones del patrimonio prehistórico (Cuevas Prehistóricas de Yagul y Mitla en los Valles Centrales de Oaxaca; Pinturas Rupestres de la Sierra de San Francisco) y del patrimonio moderno (Hospicio Cabañas, Casa Estudio de Luis Barragán, Campus de Ciudad Universitaria en la Universidad Nacional Autónoma de México).

Finalmente, para el caso de Sudamérica tenemos una mayor diversidad de representaciones por la cantidad de sitios implicados, aunque los patrones de rememoración tienen ciertas semejanzas con las subregiones anteriores.



En Sudamérica, los sitios naturales del patrimonio de la humanidad ocupan también un lugar privilegiado. Hay una inclusión de los ecosistemas marinos como la Península Valdés en Argentina; las Islas Galápagos en Ecuador; las Islas Atlánticas Fernando de Noronha y Reservas de Atol das Rocas, las Áreas Protegidas Cerrado-Chapada dos Veadeiros y Parque Nacional Emas en Brasil.

No obstante, el patrimonio natural sudamericano evoca especialmente los bosques, selvas, montañas y ecosistemas de los Andes y el Amazonas. Así tenemos a los sitios de Argentina (Los Glaciares, Iguazú, Ischigualasto / Talampaya, Alerces), Bolivia (Parque Nacional Noel Kempff Mercado), Brasil (Reservas Forestales de la Costa del Atlántico y Bosque Atlántico de las Reservas del Suroeste; Complejo de Conservación del Amazona Central; Área de Conservación del Pantanal); Colombia (Santuario de Flora y Fauna Malpelo, Parque Nacional los Katíos); Ecuador (Parque Nacional Sangay); Perú (parques nacionales de Huscarán, Manú y Río Abiseo); Surinam (Reserva Natural de Surinam Central) y Venezuela (Parque Nacional Canaima).

En Sudamérica hay dos sitios que destacan por ser vestigios de antiguos pobladores continentales, con pinturas rupestres en la Cueva de las Manos de Argentina y el Parque Nacional Serra da Capivara de Brasil. Los sitios “precolombinos” son también rememorados, especialmente en Bolivia (Fuerte de Samaipata, Centro Espiritual y Político de la Cultura Tiwanaku), Chile (Parque Nacional Rapa Nui) y peculiarmente en Perú (Chavin, Chan Chan, Caral-Supe, Nazca y Palpa).

Así como en Centroamérica se muestra una predilección por la civilización maya, en Sudamérica se invocan enfáticamente las manifestaciones culturales de los incas. Desde Argentina (Quebrada de Huamahuaca), pasando por Bolivia (Fuerte de Samaipata) y, por supuesto, Perú (Ciudad de Cuzco, Machu Picchu).

Uno de los pocos sitios transfronterizos del patrimonio de la humanidad de América Latina, se ubica justamente en Sudamérica y alude al llamado Sistema Vial Andino Qhapac Ñan (propuesto conjuntamente por Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú). Este ejercicio de unificación de esfuerzos estatales para proponer una candidatura en común, nos habla de la capacidad del patrimonio cultural para acercar diplomáticamente a los Estados, así como de la relevancia del pasado inca en la narrativa histórica sudamericana.



El resto de los sitios sudamericanos del patrimonio de la humanidad ubicados en Sudamérica, están fuertemente enraizados con el pasado colonial. De manera análoga al Caribe y Centroamérica, ciudades históricas que siglos atrás fungieron como estratégicos centros de poder político y económico, son hoy día sacralizados en la memoria histórica regional. Los ejemplos incluyen ciudades como Sucre en Bolivia; Goiás, Salvador de Bahía y São Luís en Brasil; Cartagena en Colombia; Quito, Santa Ana de los Ríos de Cuenca en Ecuador; Lima y Arequipa en Perú; Paramaribo en Surinam; Ciudad de Colonia del Sacramento en Uruguay; Coro en Venezuela.

Bajo la misma lógica, tradicionales emplazamientos de extracción de recursos también se presentan orgullosamente como parte del pasado sudamericano en Bolivia (Ciudad de Potosí), Brasil (Diamantina, Ouro Preto, Olinda), Chile (Oficinas Salitreras de Humberstone y Santa Laura; Centro Minero Sewell) y, Colombia (Paisaje Cultural del Café).

La huella del cristianismo católico (especialmente de los grupos jesuitas y franciscanos), es otra de las semejanzas que las narrativas de los sitios del patrimonio de la humanidad presentan en la subregión de Sudamérica (Bloque Jesuita y Estancias en Córdoba en Argentina; Misiones Jesuíticas de Chiquitos en Bolivia; Misiones Jesuitas de los Guaranís en Argentina-Brasil; Barrio de São Francisco Square en el Centro de São Cristovão, Santuario de Bom Jesus do Congonhas en Brasil; Iglesias de Chiloé en Chile; Misiones Jesuitas de La Santísima Trinidad de Paraná y Jesús de Tavarangue en Paraguay).

A diferencia de Centroamérica y el Caribe, la región sudamericana sí resalta en forma más notable sitios que reflejan el llamado patrimonio moderno y, con ello, se denota una intención de integrar un carácter más progresista de la zona (podemos citar como ejemplos a Rio de Janeiro, al Ensemble Moderno Pampulha y a la Ciudad de Brasilia en Brasil; al trabajo arquitectónico de Le Corbusier en la casa del Dr. Curutchet en Argentina; a la Ciudad de Valparaíso en Chile; al Paisaje Industrial Fray Bentos en Uruguay; a la Ciudad Universitaria de Caracas en Venezuela).

Una mención especial merecería el único sitio sudamericano que conmemora los vestigios de la esclavitud, con el Sitio Arqueológico de Valongo Wharf de Brasil.



Interpretación de resultados

Con este breve viaje a través de los sitios del patrimonio de la humanidad en América Latina y el Caribe, hemos podido observar el tipo de rememoraciones y la sacralización de territorios del pasado-presente. Cultura, territorio y poder, son una triada muy influyente en este proceso. Se evidencia que esta selección no es neutral y refleja los mecanismos estatales para elegir ciertos eventos del ayer para ser transmitidos nacional, regional e internacionalmente.

La tipología, distribución, narrativas en torno a los sitios del patrimonio mundial en esta región, de cierta forma perpetúan la vieja lógica colonial de una América encapsulada en su exotividad natural, sus grandes civilizaciones antiguas y la representación del avance civilizador de los conquistadores europeos: “una sociedad americana descuidada y atrasada con necesidad de ser explotada racionalmente” (Pratt, 1997).

A pesar de las variaciones subregionales, en América Latina y el Caribe los sitios del patrimonio mundial destacan las manifestaciones culturales de antiguos grupos locales bajo la genérica etiqueta de culturas “prehispánicas” o “precolombinas”, es decir, el arribo colonizador sigue siendo el marcaje determinante del pasado regional. Además de esto, dentro de los innumerables pueblos originarios, la única atención especial la reciben las grandes civilizaciones de los pueblos incas y mayas.

Pasmosamente, el grueso de los sitios patrimoniales de la región latinoamericana y caribeña magnifican los centros urbanos, enclaves políticos de mando, nodos de explotación de recursos, rutas comerciales, puertos defensivos y otras infraestructuras heredadas de la etapa de la conquista y la colonización. La mayoría de ellos se nos presentan como una necesaria y armónica fusión; pocos o ninguno habla en realidad de los eventos de confrontación o de los altos costos de su establecimiento.

No se trata solamente del realce de ciertos eventos del pasado, sino también de las omisiones; como nos recuerda Paul Ricœur (2004), el olvido y las omisiones son también formas de perfilar la memoria histórica. Se trata de los “ausentes” que son parte del pasado de América Latina y que bajo ciertas narrativas oficiales han sido invisibilizados, reproduciendo un pensamiento colonizador (De Sousa, 2009).

Los sitios del patrimonio de la humanidad en esta región estudiada, no conmemoran la resistencia al proyecto colonizador europeo. Omiten visiblemente la raíz negra y sus manifestaciones culturales; escasamente muestran las huellas de la esclavitud en el



pasado latinoamericano y caribeño. El desconocimiento de antiguos pobladores continentales se mantiene cuando son simplemente tildados como pueblos “prehispánicos”. Otras corrientes religiosas fuera del cristianismo católico están enmudecidas y parecieran no ser parte del pasado del continente. Se normaliza el colonialismo, se mira como conciliador e inevitable; como una transición necesaria hacia una especie de refinamiento estético y cultural. Los choques culturales no se enuncian, pareciera que fueran procesos que nunca se suscitaron.

Salvo contadas excepciones, el patrimonio moderno latinoamericano se pormenoriza. No se conmemoran las contradicciones del modernismo en la región; no hay sitios que aplaudan las independencias, que evoquen las crudas marcas de las dictaduras, revoluciones o guerrillas del siglo XIX y XX.

Otros actores tampoco son reflejados en estas versiones de la historia territorializada, como el caso de los grupos indígenas sobrevivientes del proyecto colonizador, el amplio universo de inmigrantes de otras regiones del planeta, las mujeres...

Y, sobre todo, otras cosmovisiones simbólicas sobre el territorio se diluyen. Latinoamérica y el Caribe es también cuna de otras percepciones del espacio, en algunas de las cuales la tierra no puede ser siquiera considerada como una propiedad, ni de un Estado, ni de la humanidad misma. Cosmovisiones en las cuales los territorios son naturaleza y cultura en forma inseparable y donde enlistar sitios por su belleza y estética según una perspectiva antropocéntrica, carece completamente de sentido. ¿No pudieran ser acaso estas cosmovisiones la esencia de un verdadero aporte latinoamericano al pensamiento humanista?

Repensar el patrimonio de la humanidad como manifestaciones culturales territorializadas, infiltradas invariablemente por lógicas de poder pretéritas y presentes, puede ayudar a reposicionarnos críticamente frente a la conformación de la memoria histórica de América Latina y el Caribe.

Notas

¹Doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Maestra en Estudios Regionales por el Instituto de Investigaciones “Dr. José María Luis Mora” y Licenciada en Relaciones Internacionales por la UNAM. Especialidad en Epistemología del Sur por CLACSO, Argentina. Diplomados sobre análisis de la cultura por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CONACULTA) y



el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en México. Actualmente profesora en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán de la UNAM y miembro del Sistema Nacional de Investigadores del CONACyT. Correo electrónico: rociobelmonte@gmail.com

²Los países megadiversos reconocidos por el Centro Mundial de Vigilancia de la Conservación o UNEP-CMC son: Bolivia, Brasil, China, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Filipinas, India, Indonesia, Kenia, Madagascar, Malasia, México, Perú, República Democrática del Congo, Sudáfrica y Venezuela.

Referencia Bibliográfica

Bhabha, Homi K., *The location of culture*, Nueva York: Routledge, 1994. Debray, Régis, *L'abus monumental*, París: Fayard, 1999.

De Sousa Santos, Boaventura, *Una epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales/Siglo XXI Editores, México, 2009.

Choay, Françoise, *Alegoría del Patrimonio*, España: Editorial Gustavo Gili, 1992.

Gómez Rueda, Héctor O. *Teoría y doctrina de la geopolítica*. Buenos Aires: Editorial Astrea, 1977.

Hartog, François, *Regímenes de historicidad*, México: Universidad Iberoamericana, 2007.

Harvey, David. *La condición de la posmodernidad. Investigaciones sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1998.

Lacoste, Yves, *Atlas géopolitique: la longue histoire d'aujourd'hui*, Francia: Larousse, 2006.

Morgenthau, Hans J., *La lucha por el poder y la paz*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1963.

Nora, Pierre, *Les lieux de memoire*, Paris: Gallimard, 1984, 3 tomos.

Piazzini Suárez, Carlo Emilio y Vladimir Montoya Arango (Eds.) *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Colombia: Ed. La Carretera Social, 2008.

Pratt, Mary Louise, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (trad. Ofelia Castillo), Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, México: FCE, 2004.

Schlögel, Karl, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica*, España: Biblioteca del Ensayo Siruela, 2007.

Todorov, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Barcelona: Paidós-Ibérica, 2000.



Vidal de la Blanche, P. “La Géographie politique “, *Annales de Géographie*, Número 32, Volúmen 7, 1898, disponible en <http://www.persee.fr/>

Centro del Patrimonio Mundial, disponible en <https://whc.unesco.org/> [Consultado en mayo de 2018]

Lista del Patrimonio Mundial, disponible en <https://whc.unesco.org/en/list/> [Consultado en junio de 2018]